

que la corte acogió las reclamaciones del pueblo, al deseo de escapar á toda inmixtion por parte de las potencias vecinas.

»Ni siquiera se había podido impedir al elector de Hesse que jurase fidelidad á la nueva Constitución. Pero en desquite, el pérfido gabinete de Viena usó de toda su influencia oculta para minar por adelantado el nuevo orden de cosas; en Sajonia pesó sobre la acción de los Estados, y en el Hesse electoral, llevó al príncipe heredero á que se negase á prestar el juramento de fidelidad á la Constitución.

»Sin embargo, todas esas intrigas no detuvieron la marcha de la importante revolución de la Ale-

mania del Norte; bien que, en todos cuatro Estados, hubiese sido puesta en movimiento por medios muy pequeños y mezquinos, empero así y todo no dejó de cumplirse en una dirección análoga, dirigiéndose hacia un objeto idéntico. El mundo de las cortes, los diplomáticos, los miembros de los gobiernos en Alemania, sin exceptuar siquiera á hombres como á Stein, todas esas gentes compartían con los Polignac y Carlos X, la unánime opinión de que esos movimientos simultáneos, homogéneos, que se cumplían como obedeciendo á un plan preconcebido, eran la obra de una agitación artificial. Atribuíanlos todos á la difusión de la epidemia revolucionaria, á un con-



ROWLAND HILL

tagio difundido de intento; en todo, pretendían descubrir la oculta instigación de los agitadores extranjeros y de las sociedades secretas, así se tratase de uniones sin lazo exterior ó de asociaciones formalmente constituidas.

»Pero, en realidad, no había en estos levantamientos elemento alguno extranjero, como no fueran las lecciones que se sacaban de los sucesos de Francia y de los diarios franceses, sobre los cuales habían forzosamente los gobiernos llamado la atención pública, oprimiendo durante tanto tiempo la prensa en Alemania y el régimen constitucional. No se veía en Alemania, como en Francia en sus levantamientos, rastro alguno de esas conspiraciones, de esas sociedades secretas ni de esas asociaciones que se habían estado incubando durante la época de la reacción. Los facciosos en Francia, Lafayette á su cabeza, habían sido absorbidos por sus amigos parlamentarios, y en Bélgica los conspiradores propiamente dichos, los Potter y los Tile-

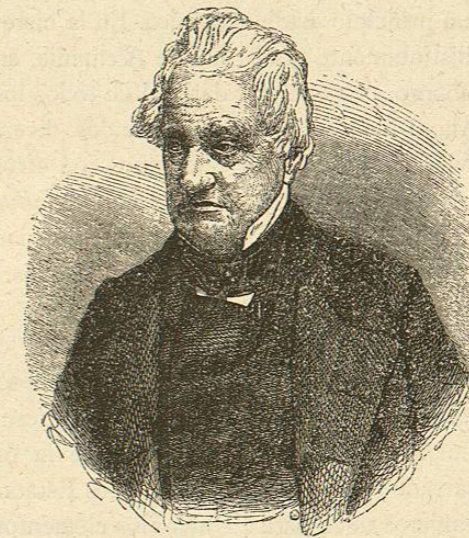
man, fueron, por decirlo así, rechazados como un elemento impuro del cuerpo político desde los primeros momentos en que se reunió la Asamblea parlamentaria.

»Tampoco se veía en Alemania aparecer en la escena pública á personaje alguno, á idea alguna, á asociación alguna de la época anterior; los hombres de la *Burschenschaft*, tales como Rauschenplatt y otros, eran excepciones aisladas que no debían ponerse en evidencia sino más tarde, cuando los tiempos principiaron de nuevo á seguir una marcha retrógrada.

»En todas partes los movimientos de todo punto burgueses de esta época, tenían un sello particular y diferían por completo de las agitaciones que se habían producido entre las imaginaciones exaltadas de los hombres de los años 1821 á 1823. En parte alguna, los agitadores persiguieron el mismo fin que los jóvenes Teutones que otras veces habían querido reformar el mundo; no pretendían en modo al-

guno llegar á la construcción ideal de un imperio para el conjunto de la nación alemana; por lo contrario, tomaban, por punto de partida, la mala situación creada por abusos enteramente locales, y se limitaban únicamente á tentativas hechas para mejorar la condición interior de cada país en donde habían estallado los movimientos. En parte alguna habían los tumultos, como en la época anterior, tenido por origen el sueño de un mejor porvenir; por lo contrario, en todas partes tenían su fuente en la experiencia sobrada real y sobrada profunda de los males y de las miserias de un mal pasado y de un tiempo presente igualmente malo.

»Durante largos años, los cuerpos políticos de la Alemania del Norte padecieron una enfermedad de languidez, causa de la crisis que estalló en medio de ellos cuando las miasmas revolucionarias se difundieron por todo. Hizo este estado de debilidad, además que un violento movimiento conmoviera de pronto esos países é hiciera cesar bruscamente la indiferencia apática que durante tanto tiempo se había mostrado para con los intereses públicos, indiferencia que puede fácilmente ocultar la más grande corrupción política en un pueblo tan bien organizado como la nación alemana, en donde la vida privada ha llegado á un tan alto grado de desenvolvimiento.



CORONEL PERRONET THOMPSON

«En el grupo de esos Estados, en donde contrariamente á la naturaleza de las cosas se había paralizado todo desenvolvimiento del régimen constitucional, toda la vida política y pública había bajado á ese nivel de indiferencia y de letargia que tantas veces hemos observado con no poca sorpresa durante los últimos veinte años.

»A consecuencia del monstruoso abandono en que se había dejado, en el seno de esos Estados, la condición material de sus gentes, la estancación de toda vida industrial se había hecho de tal modo insoportable que la necesidad sola acabó por poner un término á la apatía en la cual se había sumergido el espíritu público. Ora por los abusos eclesiásticos y confesionales, ora por las ignominias que manchaban las cortes y la vida de los príncipes, el sentimiento moral de esos pueblos estaba tan irritado, que hasta de ello se indignaron hombres profundamente conservadores. En efecto, los Niebuhr y la Stein, entre los cuales el último sobre todo que

jugaba los movimientos en Francia y Bélgica como hubiera podido hacerlo el más incurable de todos los legitimistas, encontraban muy natural la exasperación que reinaba en Sajonia; pensaban que la proscripción «de que acababa de ser objeto el monstruo vicioso» de Brunswick, era muy legítima, y veían con placer que se hubiese conseguido domar al elector de Hesse «abismado profundamente en la voluptuosidad y la cupidez.»

»Bajo los tres aspectos, los Estados de la Alemania del Norte eran de mucho aventajados por los de la Alemania meridional, que tan bien constituidos estaban y que recientemente se habían aliado, formando una gran nación aduanera. Ahora bien: el sentido del notable movimiento de esos días era que, desde entonces, la Alemania del Norte no formaba más que un solo cuerpo con los Estados del Mediodía colocándose con ellos en una misma línea.

»Habíase efectuado este cambio por todas partes de la misma manera. Apoderado del vértigo que en

esta época se había apoderado de todos los espíritus, el bajo pueblo le dió el primer impulso violento y accidental. Luego, las altas clases de los ciudadanos de cada Estado se sustituyeron al pueblo para explotar el terror pánico que de esta suerte acababa de producirse, y aprovecharon el momento favorable para obtener que se corrigieran los males que habían sido ya objeto de tantas quejas.

Por todas partes, por último, elevaron esos su fuerza á un fin superior, en el cual no se había pensado en los primeros momentos, es decir, á la obra de una reforma concentrada, de una transformación y de una nueva organización de la constitución política.

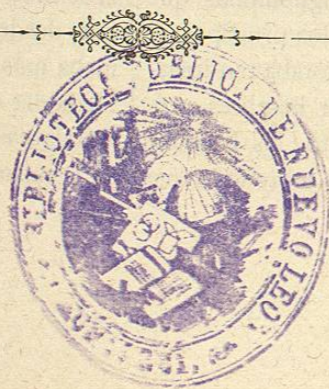
»Convergían, pues, todos los esfuerzos espontáneamente al mismo fin, que en un principio nadie había visto ni querido alcanzar distintamente y al cual todo el mundo acabó, sin embargo, por querer llegar con una rara unanimidad. Ahora bien, fué ese hecho el que imprimió á los movimientos actuales el sello de una revolución enteramente instintiva y esencialmente rica en ideas, revolución cuya importancia nacional y política no ha sido comprendida ni apreciada en su justo valor.

»Después de haber perdido el modo de su antigua existencia, tal como había sido bajo el régimen del Imperio germánico, la pequeña Alemania había cedido de sobra á la poderosa influencia extranjera que la había violentamente desgarrado tanto, que los alemanes se consideraban extranjeros unos para con otros. Hasta el lazo de la Confederación germánica, que acababa de unirles de nuevo, no había sido bastante fuerte para que encontraran de nuevo el sentimiento de su nacionalidad. Las relaciones industriales entre los grupos de Estados en la Alemania del Norte y del Sud se habían paralizado por completo; las relaciones sociales entre los habitantes de esos países tenían muy poca importancia; el cambio de las ideas por la vía de la prensa, no existía, por decirlo así, y la distancia que en el campo de la política les separaba, era sobrado grande, á causa del predominio concedido en los países del Sud, á las constituciones representativas y en el Norte, á las antiguas constituciones provinciales.

»Ahora bien, fué en un momento cuando se cumplió la gran obra de la asimilación constitucional, que puso la Alemania del Norte á la altura de los Estados del Sud y que hizo que aquellos países cuyos habitantes, por el estado insuficiente de su desenvolvimiento político, por su cultura intelectual y por la movilidad de su carácter, tenían la mayor afinidad los unos por los otros, se aglomeraran de modo que no formaran más que un solo y único grupo.

»Exceptuada la fundación de las constituciones representativas establecidas de 1810 á 1820 en la Alemania del Sud, este suceso es el único hecho histórico y positivo que se haya producido durante los quince primeros años del régimen de la Dieta germánica. En la historia del desenvolvimiento nacional de Alemania, en donde el sentimiento de solidaridad de todos los pueblos alemanes despierta y en donde los diversos países principian á identificarse unos con otros, este suceso forma la concepción ideal del *Zollverein*, unión puramente material que había principiado poco tiempo antes y que acababa poco después.

»Así pues todo lo que se cumplía durante esta catástrofe llevaba el sello de una promesa en el sentido de un progreso pacífico. El barón von Stein presentía que la formación de las nuevas constituciones en los Estados de Alemania del Norte, encerraba «los elementos de una fermentación de la cual no se podía calcular el alcance.» Efectivamente tuvieron su parte esos elementos en los éxitos superficiales del constitucionalismo, que no había aún arrojado raíces bastante profundas y que, por consiguiente, no se había establecido de una manera bien sólida; además hubo de contarse con las numerosas inconveniencias de que se hiciesen reos los teóricos racionalistas de la época más moderna. Pero, abandonadas á la acción constitucional las diversas cámaras alemanas, sus elementos se hubieran visto tranquilamente absorbidos si la reacción exterior no hubiese intervenido á propósito á provocar su fermentación. Este era el único punto que ofrecía peligro para el porvenir.



CAPITULO XL

REFORMAS CONSTITUCIONALES EN SUIZA

El pueblo y los gobiernos, el cantón presidente y los otros cantones.—Estallan los movimientos.—Cantón de Thurgovia.—Cantón de Argovia.—Cantón de Saint-Gall.—Cantón de Zurich.—Cantón de Lucerna.—Cantón de Soleure.—Cantón de Friburg.—Cantón de Vaud.—Cantón de Berna.—Cantón de Basilea.—Cantón de Schaffhouse.—Ojeada retrospectiva.



La actitud de Suiza desconcertó en los primeros momentos á todo el mundo, incluso á los que tenían en la Confederación helvética las responsabilidades del poder. Sólo en los cantones de lengua francesa, la revolución de Julio había sido acogida con ruidosas manifestaciones de simpatía, pero nada más; de modo que con haber dado al pueblo de sus cantones toda la expansión, al sentirse satisfecha por su desahogo todo volvió á entrar en la calma más profunda cuando nada era tan notorio ya para todo el mundo, como la incompatibilidad existente entre el sentimiento democrático del pueblo y el gobierno aristocrático de Suiza.

Debemos reputar como indudable el que este estado de cosas se debió en primer término á la incertidumbre de la situación política. ¿Qué iban á hacer las potencias? Para los hombres de gobierno de Berna lo que procedía era una confederación de las potencias europeas contra Francia para restaurar los borbones. Y tan profunda era su convicción de que esto era lo que procedía y que esto era lo que iba á suceder, que se llegó hasta á enviar un comisionado especial á Viena para que se enterase de lo que debía hacer Suiza en tales circunstancias.

Júzguese, pues, de su sorpresa cuando Metternich les dijo que ya verían lo que iba á pasar adelantándoseles la especie, sin embargo, de que no verían grandes cosas.

Aunque desengañados los gobernantes respecto á la situación europea, no quisieron dar su brazo á torcer, y lejos de tomar consejo de algunos cantones que se apresuraron á introducir reformas para prevenir toda conmoción popular, en lo único que se pensó, en vista de que por todas partes se anunciaba que la Revolución estallaría indefectiblemente en Suiza en otoño, fué en buscar y en allegar medios de resistencia.

Metternich precisamente les había sugerido la idea de que podían excusarse de reconocer el gobierno de Luis Felipe, haciendo una cuestión nacional de la expulsión y disolución de los batallones suizos, y esto hizo que los gobernantes pensaran en alistar los ochocientos *rojos*, así se les llamaba por el color de sus casacas para convertirlos en arma de oposición y de dominio: pero por más que hicieron y trabajaron las Cámaras del cantón de Berna y la Dieta, no pudieron hacer que nadie se encariñase con esta idea, negándoseles autorización para reclu-